

Luz de luna

Avancé cuatro pasos y atravesé la verja. El bosque se alzaba majestuoso sobre mí. Por suerte, lo conocía bien y no temía perderme en él. Entré en él y anduve por el sendero de siempre. Las luciérnagas bailaban saludándome con sus luces y los búhos me miraban, asustados, pero no más que yo: sus miradas castañas y doradas se clavaban fijas en mí y parecía que en cualquier momento me atravesarían y me partirían en dos. De repente, una niebla espesa apareció delante de mí y me impidió seguir el camino. Jamás me había perdido pero siempre había una primera vez.

La niebla era cada vez más espesa por lo que debía caminar casi a tientas. Casi tropecé con un tronco caído pero, por suerte, pude esquivarlo. Lo último que quería era salir lesionada. Abrí los ojos todo lo que pude para acostumbrarme a la niebla y a la oscuridad pero recibí ayuda de mis amigas las luciérnagas, que me guiaron el camino hacia un claro en medio del bosque. La niebla desapareció y pude alzar la vista clara hacia arriba: el cielo estaba inundado de pequeñas estrellas centelleantes y la luna brillaba, llena, en todo su esplendor. Aquello era precioso y me sentí insignificante. Quería volar. Volar y llegar a las estrellas. De repente vi una estrella fugaz y pedí un deseo, lo pedí tan fuerte que casi se escucharon mis pensamientos.

En aquel claro, a la luz de la luna, se respiraba un ambiente tan tranquilo que no quería volver mis pasos atrás. Deseaba con toda mi alma tumbarme sobre la hierba húmeda, oler las fragancias de las dulces flores, revolcarme en ellas y ver transcurrir el día, la noche, otra vez el día y otra vez la noche. No me hubiera importado pasar el resto de mi vida allí porque ésta tampoco tenía mucho sentido. El viento rozaba mi cuerpo y me sentí flotar, como una hoja cayendo del árbol, libre. Por unos momentos la saboreé pero luego volví a la realidad: la libertad no existe. La melancolía volvió a mi cuerpo y a mi mente y decidí volver a casa. No sé cuánto tardé en orientarme, pudieron pasar minutos u horas hasta que di con mi sendero, el que me llevaría de vuelta al hogar. Ya había tenido suficientes aventuras por ésa noche. El sol salía y salté sobre una piedra para poder ver el amanecer más claramente. Mis ojos quedaron cegados por la gama de amarillos, naranjas y rojos que se desplegaron sobre mí dejándome absorta durante unos minutos.

Abrí la reja y atravesé el caminito de piedra. Abrí la puerta sigilosamente, intentando no despertar a nadie, pero fue inevitable: Me vieron. << ¿Qué? ¿Otra vez de escapada nocturna? No se te puede dejar sola...>> Me cogieron en brazos y me llevaron a mi habitación donde me esperaba un tazón de leche. Estaba sedienta así que se lo agradecí asintiendo la cabeza y con un <<Miau>>. Bueno, podría ser peor. Me fui a dormir y esperé a la noche siguiente. A la luz de la luna y cuando nadie me observara, una nueva aventura empezaría.